

Quién abre la nevera a las tres de la mañana

Cada mañana la nevera de los Ortigosa amanece abierta y la leche, tibia. Imanol, un imán que nunca duerme, se propone pillar al culpable. Sus planes salen fatal.

Desde 6 años · 11 minutos en voz alta

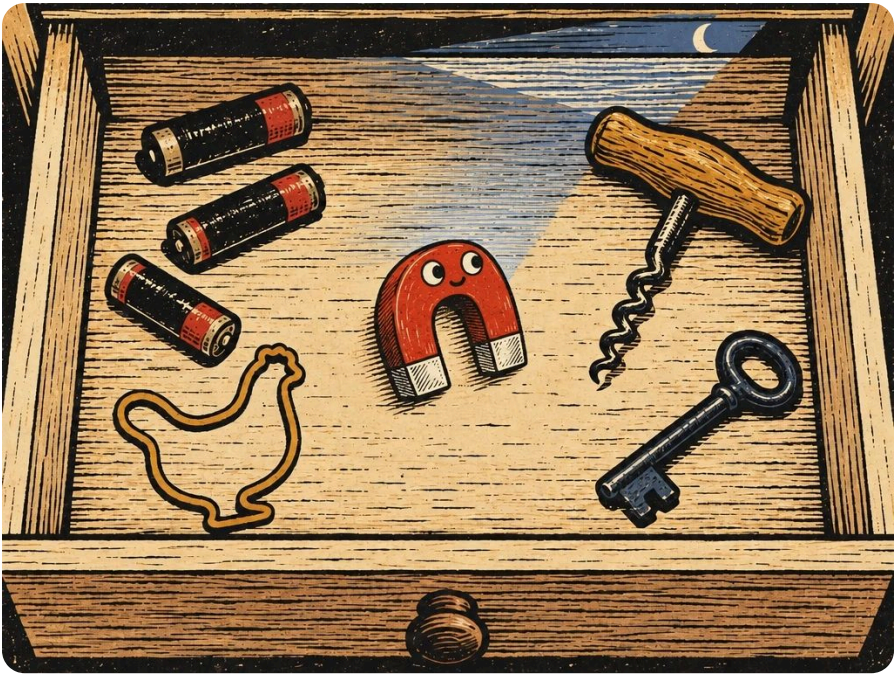
Un cuento de Luna Lunera

Hace muchísimo tiempo, cuando las neveras todavía no hacían ¡chup!, en el cajón de los trastos de la cocina de los Ortigosa vivía un imán que se llamaba Imanol.

Imanol era rojo, con forma de herradura, dos puntas plateadas y el tamaño de una galleta María. Compartía cajón con tres pilas gastadas, una goma de pollo, un sacacorchos y una llave que nadie sabía de qué puerta era. Por las noches, todos dormían. Hasta la llave.

Imanol no. Los imanes no tienen párpados, así que no duermen nunca. Se pasan la noche pegados a algo, pensando cosas de imán: si el Polo Norte tendrá frío en las orejas, o por qué los tenedores son tan pesados.

Por eso fue el único de la casa que se enteró del misterio.



El misterio de la leche tibia

Cada mañana, la señora Ortigosa entraba en la cocina y se encontraba la nevera abierta un palmo. Un palmo justo, ni más ni menos. La leche estaba tibia, la mantequilla estaba blanda como un calcetín mojado y los yogures sudaban.

—¿Quién se ha dejado la nevera abierta? —preguntaba la señora Ortigosa.

—Yo no —decía el señor Ortigosa.

—Yo tampoco —decía Amaya.

—Miau —decía la gata Mostaza, que en gato quiere decir «a mí que me registren».

Y había más cosas raras. Manchitas blancas en las baldosas, que se borraban con el sol. Y en el cristal de la ventana, en pleno mayo, una redondela de escarcha del tamaño de una nariz.



Desde el cajón, Imanol lo oía todo.

—Aquí hay un ladrón de frío —dijo—. Y lo voy a pillar.

Hizo la lista de sospechosos de memoria. Primera, Mostaza, porque los gatos y el jamón de york se buscan.

Segundo, el señor Ortigosa, que una vez se comió un pepinillo a las tres de la mañana «sin querer». Tercera, Amaya, porque le gustaba el flan más que nada en el mundo.

Solo había un problema: los imanes no andan. Pero tienen un truco. Se pegan a cualquier cosa de hierro y van donde vaya ella. Es como hacer autoestop, pero sin dedo.

Primer plan: el cascabel

Mostaza llevaba un collar con un cascabel. Esa noche, cuando la gata pasó por delante del cajón, que estaba abierto una rendija, Imanol dio un saltito y ¡clinc!, se pegó al cascabel.

—Ahora, gata, a la nevera.

Mostaza no fue a la nevera. Fue al radiador del pasillo, se enroscó encima como una ensaimada y se durmió. Y como el radiador también era de hierro, Imanol se quedó pegado allí toda la noche, calentito como un churro: rrrr-fiu, rrrr-fiu.

Por la mañana, la nevera estaba abierta un palmo.

—¿Quién se ha dejado la nevera abierta?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Miau.

«Mostaza, tachada», pensó Imanol, que estaba un poco tostado. «Ha roncado ochocientas veces y no se ha movido ni una.»



🌓 Segundo plan: la cremallera

La señora Ortigosa encontró a Imanol en el radiador, dijo «¿y esto qué hace aquí?» y lo devolvió al cajón.

Esa noche, el señor Ortigosa fue a la cocina a beber un vaso de agua y pasó rozando el cajón. Llevaba su pijama de rayas con cremallera. Y la cremallera era de hierro. ¡Clinc!

—Ahora, señor sospechoso, a la nevera.

El señor Ortigosa no fue a la nevera. Volvió a la cama, se dio la vuelta y se tumbó bocabajo. Imanol pasó la noche aplastado debajo de su tripa, como una sardina debajo de una barca.

Por la mañana, la nevera estaba abierta un palmo.

—¿Quién se ha dejado la nevera abierta?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Miau.

«Señor Ortigosa, tachado», pensó Imanol, un poco aplastado. «Ha dado cuarenta y tres vueltas y no se ha levantado ni una.»

Tercer plan: los barrotes

Amaya encontró a Imanol en la cremallera de su padre a la hora del desayuno.

—¡Un imán! ¡Me lo quedo!

Y esa noche lo pegó a los barrotes de su cama, que eran de hierro y estaban pintados de azul.

«Perfecto», pensó Imanol. «Tengo a la sospechosa delante.»

A medianoche, Amaya empezó a hablar en sueños:

—Flan… flan de huevo… con caramelo…

«¡Ajá!», pensó Imanol.

Pero Amaya no se levantó. Dijo «flan» diecisiete veces, se chupó el dedo y siguió durmiendo con la boca abierta.

Eso sí: a eso de las tres, por debajo de la puerta del cuarto entró un fresquito. Se oyó por el pasillo un tic, tic, tic muy pequeño, y los barrotes de la cama se pusieron fríos como cucharas de helado. Luego, nada.

Por la mañana, la nevera estaba abierta un palmo.

—¿Quién se ha dejado la nevera abierta?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Miau.

«Amaya, tachada», pensó Imanol. «Y ya no me quedan sospechosos.»



🌓 Cuarto plan: la puerta de la nevera

Sin sospechosos, a un detective solo le queda vigilar el sitio del crimen. Y esa tarde tuvo suerte. Amaya lo pegó en la puerta de la nevera, por fuera, en primera fila.

«Esta noche lo pillo», pensó Imanol.

Pero antes de irse a la cama, Amaya pegó con celo, justo encima de él, el dibujo de un cocodrilo con botas. Imanol se quedó detrás del papel, a oscuras, sin ver nada más que cocodrilo por el revés.

A las tres en punto, la puerta empezó a moverse. Despacito. Hacia fuera. Con Imanol encima.

Alguien la estaba empujando. ¡Desde dentro!

Luego se oyó un fffff muy frío, y un tic, tic, tic que cruzaba la cocina hacia la ventana.

«El ladrón empuja desde dentro», pensó Imanol. «¿Quién vive dentro de una nevera? ¿Un yogur? ¿Un pepinillo con ganas de pasear?»



🌕 El plan que no era un plan

Por la mañana, la señora Ortigosa se enfadó tanto que cerró la nevera de un portazo. ¡Pum!

El cocodrilo se despegó. Imanol salió volando, rebotó en el mango de la sartén y se coló por una rajita en la goma blanda que rodea la puerta de la nevera.

Era el peor sitio del mundo para un detective. Desde allí no se veía nada.

Pero era el mejor sitio del mundo para pillar al ladrón.

A las tres en punto, la puerta empujó desde dentro. Imanol se agarró al hierro de la nevera con sus dos puntas plateadas.

—¡Ñññññ!

¡Chup! La puerta se volvió a cerrar.

Otro empujón.

—¡Ñññññ!

¡Chup!

Un empujón más, chiquitito.

¡Chup!

Y entonces, por la rajita de la goma, se oyó una voz muy pequeña y muy fría:

—¿Quién hay ahí?

—Imanol, detective. ¿Y tú?

—Yo soy el Frío.

El Frío era blanco y pequeño, como la nubecita que sale del congelador cuando lo abres, con dos ojos de cubito de hielo y los pies de escarcha. Los pies que dejaban manchitas en las baldosas.

—¡Tú eres el ladrón! —dijo Imanol—. Te llevas el frío de la nevera.

—Yo no me llevo nada —dijo el Frío—. Me voy yo, y claro, el frío se viene conmigo.

—¿Y adónde vas todas las noches?

—A la ventana, a mirar la luna con la nariz pegada al cristal. Y luego por el pasillo, a ver si hay alguien despierto. Es que aquí dentro, cuando se cierra la puerta, se apaga la luz y todo el mundo se duerme. Los huevos duermen, la lechuga duerme, el queso ronca. Y yo no tengo con quién hablar.

Imanol se quedó callado un momento. Luego dijo:

—Yo tampoco duermo nunca.

—¿Nunca nunca?

—Los imanes no tienen párpados.

—¿Y qué haces toda la noche?

—Pensar. ¿Quieres que te cuente lo de la llave que nadie sabe de qué puerta es?

—¡Sí!

Y el Frío se sentó al lado de la goma, por dentro, y se pasó la noche escuchando. Ni una vez empujó la puerta.



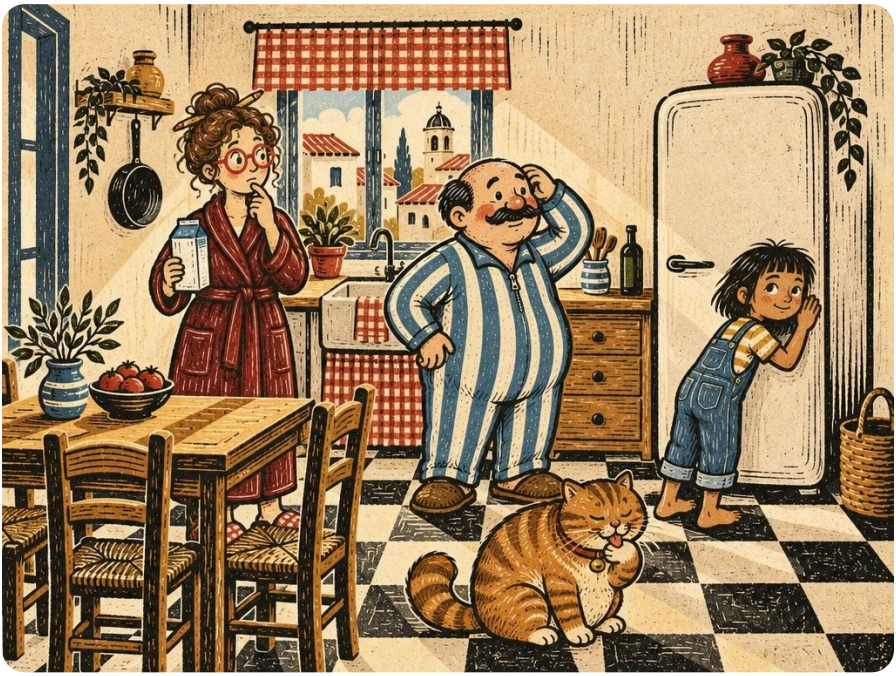
Por la mañana, la leche estaba fresquísima.

—¿Quién ha cerrado la nevera? —preguntó la señora Ortigosa.

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Miau —dijo Mostaza, que en gato quiere decir «ya era hora».



Por eso

Imanol se quedó a vivir en la goma. La noticia fue saltando de cajón en cajón y de cocina en cocina, hasta que la supieron todos sus primos de los cajones de los trastos del mundo. Y cada uno se metió en la goma de una nevera, para que ningún Frío se quedara sin nadie con quien hablar.

Por eso todas las neveras tienen un imán escondido en la goma de la puerta. Si mañana acercas un clip, verás que se queda pegado: es el imán, que está de guardia.

Y por eso, cuando cierras la nevera, hace ¡chup!, que en idioma de imán quiere decir: «Ya estoy aquí, Frío. ¿Por dónde íbamos?»



Fin

Dulces sueños.



Más cuentos para leer en voz alta en

lunalunera.org

Este cuento en la web

© 2026 Luna Lunera. Contenidos bajo licencia CC BY-NC 4.0